



Las calles de Astigarraga se convierten los sábados en una pequeña Magaluf solo que sin ingleses y bastante más civilizada. :: UNANUE

La conquista de Astigarraga

Cada sábado un ejército de sidreros de todas las edades invade las calles de esta localidad

Varias generaciones coinciden en el pueblo. Los maduros son los dueños de la tarde. Los jóvenes los relevan por la noche

:: JAVIER GUILLENEA

SAN SEBASTIÁN. Acaban de salir al exterior y allí se quedan, frente a la puerta, a la espera de pasar a la acción. Forman un corro, debaten opciones, reparten consignas y aguardan instrucciones; tienen un aire de conspiradores, de miembros de un ejército a punto de lanzar el asalto final. Son grupos de entre veinte y treinta personas, no muchas, apenas un par de pelotones, pero son numerosos y están diseminados por todas partes. Es imposible abandonar Astigarraga sin toparse con uno de ellos. El pueblo está sitiado.

Llega la hora y se ponen en mo-

vimiento. Los pelotones echan a andar en hileras hacia la plaza sitiada, por fin comienzan a alejarse de las sidrerías en las que han pasado las últimas horas madurando proyectos entre chuletas, bacalao y sidra a discreción. Algunos caminan con paso firme, otros trastabillan, como si tuvieran dudas sobre el incierto destino que les aguarda al día siguiente, cuando el despertar sea el peor de los horrores. Pero son flaquezas efímeras. La moral está alta, saben que, aunque se haya acabado la sidra, el gin tonic está al alcance de la mano. Al diablo el domingo, ese abúlico preludio del lunes; carpe diem, lo importante es el presente, vivir cada tarde del sábado como si fuera la última.

Aparecen desde todos los puntos cardinales, están perfectamente sincronizados, son una máquina imparable. Los pelotones se unen en compañías y avanzan sin encontrar más resistencia que algunos semáforos en rojo a los que nadie se digna mi-

rar. Son las seis de la tarde. Es sábado en plena temporada del txotx. Hace buen tiempo. Los ejércitos de la sidra han conquistado el centro de Astigarraga.

«Bajan como los toros en San Fermín», rie Javier, un veterano donostiarra de 65 años que de vez en cuando, como hoy, va de sidrería. Tiene una copa en la mano y fuma un cigarrillo en el exterior del Robin, un bar con dos zonas de ambiente. En la tranquila, los clientes ya rondan esas edades en las que los recuerdos se almacenan por décadas. En la barra un grupo de cuarentones pide cortados sin agobios. Hay sitio de sobra, incluso para amagar un bailecito al son de una música discotequera no muy alta, lo justo para que las piernas encuentren un ritmo que llevar a los zapatos. Al fondo, en una mesa, varios matrimonios sesentones ya han dado por cumplimentado el trámite del café y encargan gin tonics a la camarera. En dos pantallas de televisión el Atlético de Ma-

drid gana uno cero al Leganés. Nadie hace caso a la jugada.

La otra zona del bar es la de la juventud, los de veinte y treinta años, más o menos, que deambulan entre la claridad del exterior y la penumbra del interior. Porque lo del interior es otra cosa, otro mundo, otras horas. Dentro suenan los Rolling y la barra queda oculta por una oscuridad donde un mar de cabezas oscila como olas que anuncian la resaca. Algunas, las cabezas, llevan diademas de puntitos luminosos mezclados con las luces que reptan por las paredes. Parece una discoteca, una taberna en las fiestas de un pueblo, las primeras horas de Nochevieja, una juerga improvisada la noche anterior que nadie supo detener. Solo que fuera aún es de día.

Nada que ver con los tiempos que recuerda Juanjo desde la experiencia que le dieron sus veinte años como concejal en Astigarraga. «Antes la gente madura venía de lunes a jueves. Traían bocadillos de torti-

lla y sardinas viejas y se iban a la sidrería», explica. Era una época en la que se consumían docenas de huevos duros para secar el paladar y apreciar así los matices de las sidras, pero ahora la estrategia es otra. «Es inenarrable», dice Juanjo cuando habla de los sábados en el pueblo.

Desde el mediodía

Las primeras avanzadillas aparecen al mediodía dispuestas a tomar el aperitivo. Entre vermouth y vermouth van abriéndole paso al apetito porque no es cuestión de ir a comer sin nada en el estómago, no sea que siente mal. Una vez superado el escollo inicial, a eso de las dos de la tarde las cuadrillas se dirigen a sus respectivas sidrerías, donde planifican entre txotx y txotx su último asalto a la localidad para bajar la comida con la ayuda de unos cuantos digestivos. Es un plan calculado al milímetro que todos cumplen salvo los visitantes franceses que desembarcan desde sus autobuses en Astigarraga.



Entrar en los bares requiere un esfuerzo titánico. :: UNANUE



Cola en la parada del autobús. :: UNANUE

«Para cuando al mediodía llegan aquí ya llevan un montón de pelotazos encima», revela Javier en el exterior del Robin.

De ahí a Kale Nagusia hay un paso y, aunque no lo hubiera, no hay riesgo de pérdida. No hay más que seguir el murmullo, que se va haciendo creciente a medida que uno se acerca al centro neurálgico de la fiesta, una corta franja donde, entre el Bukoi y el Ikatzka, se concentra el grueso del ejército de la sidra. Basta con doblar a la derecha, frente al restaurante Kako, para encontrarse con el meollo de la cuestión, un Magaluf en miniatura solo que sin ingleses y, todo hay que decirlo, bastante más civilizado.

Un hombre pasea entre la multitud con una pila de sombreros de colores en la cabeza y collares con lucécitas en las manos. El negocio parece irle bien porque no son pocos los que lucen su mercancía en la calle y en los intransitables bares reconvertidos en discotecas diurnas. De vez en cuando suena en algún lugar una sirena de esas que anuncian el final del recorrido en los autos de choque, solo que allí no hay barracas, tan solo más bares que trazan una senda descendente hasta dos plazas con terrazas repletas de mesas desbordantes de gin tonics y de clientes maduros cuyas voces se

multiplican en ecos entre los balcones. Cuesta imaginar lo que tiene que ser vivir ahí en tardes como esta.

Están juntos pero guardan las distancias. Los cuarentones y los de edad aún más avanzada son los de las copas, que en cuanto pueden se agencian una mesa en el exterior para dejar reposar los rigores de la jornada. Hay grupos de hombres y también parejas, todos con aspecto de tener hijos en alguna parte, a ser posible lejos de allí para no tentar a las casualidades. «A los hijos ya los tenemos crecidos, ellos quedan con los amigos en Donostia y nosotros venimos aquí porque también nos lo merecemos, ¿no?», confiesan tres matrimonios de San Sebastián a los que hay que sacarles las palabras con

Comienzan con el vermú, siguen con la sidra y terminan el día con gin tonics

Después de comer, de las sidrerías salen oleadas de personas que se encaminan hacia el pueblo

fórceps porque en cuanto vislumbra a lo lejos al fotógrafo enmudecen repentinamente.

Para los maduros, los sábados en Astigarraga son un regreso a los viejos tiempos aunque a distinta hora. Si de jóvenes eran los amos de la noche, ahora quieren ser los dueños de la tarde, pero se encuentran con el inconveniente de que sus correrías tienen fecha de caducidad. «El niño viene a las diez y tenemos que ir a prepararle la cena», admite resignado un matrimonio.

No muy lejos de donde hablan, en la parada del autobús comienzan a formarse las primeras colas para regresar a Donostia. Son las ocho y media de la tarde y el sábado ya da sus últimas señales de vida, al menos para una generación que hace tiempo dejó de reinar en las madrugadas. Al bus, que llega lleno desde Hernani, suben los que pueden; los que se quedan en tierra miran el reloj, como quien calcula el tiempo que tarda una pizza en hacerse en el microondas.

La hora de la cerveza

Su lugar será ocupado poco a poco por los veinteañeros, que desde las seis de la tarde han compartido hábitat con los mayores. El gin deja paso a las cervezas y las copas a los vasos. Varios jóvenes que salen con latas del Eroski van directos al bar de enfrente, en el Ikatzka el baile se generaliza, un grupo de franceses amaga un par de gritos sin que nadie les preste demasiada atención, un chico orina en una esquina, una chica asoma entre dos coches y se ajusta el pantalón, a su espalda deja un charco sobre el asfalto. Es la noche del sábado, que está llamando a la puerta.

En Kale Nagusia los taxis no paran de trabajar. En días como estos la flota de taxistas de Astigarraga —son dos— se amplía con refuerzos de localidades como Pasajes, Urmieta o Usurbil. Toda ayuda es poca para devolver a sus hogares a una riada de personas que no cesará en toda la noche. «Empezamos con los viajes hacia las seis y media y a partir de las once no paramos hasta las cinco de la mañana», dice un taxista, que aprovecha la ocasión para criticar a sus colegas de San Sebastián. «Vienen aquí a coger servicios aunque saben que no pueden, mientras que si nosotros cogemos a alguien en Donostia se nos cae el pelo».

El relevo continúa. Los jóvenes se adueñan de las mesas y los maduros de las marquesinas, donde aguardan al autobús que les llevará a las estribaciones del domingo. Algunos llegarán a gritar en el camino chistes dudosos o gastarán bromas al chófer en un último intento de retener su juventud, pero será en vano. Los veteranos del ejército de la sidra deben regresar a sus cuarteles para no fatigarse demasiado, por ellos ya ha pasado el tiempo por mucho que se empeñen, sábado tras sábado, en imaginar lo contrario. El bus se aleja con ellos dentro. Cerca de la parada, el bar Ekaitz anuncia exquisiteces solo al alcance de los jóvenes. 'Bocatas y patatas fritas toda la noche', dice un cartel.

SEMANA SANTA VERANO

UNAS VACACIONES DE 10

10%

DE DESCUENTO

EN COSTAS PENINSULARES

10%

DE DESCUENTO

BALEARES Y CANARIAS



Reservando del 6 al 23 de marzo. No acumulable a otras promociones o descuentos. Consultar condiciones, proveedores y destinos adheridos a la promoción en cualquier agencia de VIAJES EROSKI, S.A. DE 618. Oferta sujeta a disponibilidad de plazas en la fecha solicitada. Gastos de gestión 10 €. Edición marzo 2019.

www.viajeseroski.es
www.escaparateviajes.es

EROSKI viajes

¿Sueñas? Vuelal